

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



—¿Y cómo está Miguel?
—Ya terminó de sufrir.
—¿Quién se ha muerto, él o su mujer?

Dib. BOSCH.—Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

PAPEL
DE
FUMAR

BAMBU

*La juventud
se
conserva*

INDEFINIDAMENTE
bebiendo todas las mañanas una pequeña cantidad de la
INCOMPARABLE

AGUA DE CARABANA

SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

19.—Charada.

Siempre he creído que Luis
prima dos tercía muy mal.
Dos cuarta, pues, que a su chico
le haya hecho bien total.

20.—A pesar de tantas desavenencias.

R
ASAMBLEA
1000 + 1500
NOTA
S

21.—Qué apurado se vió.

CANAL NOTA CASAS
NOTA

22.—Un político "rural".

EEE
RETROCEDE
PAUSADO PIEDRA

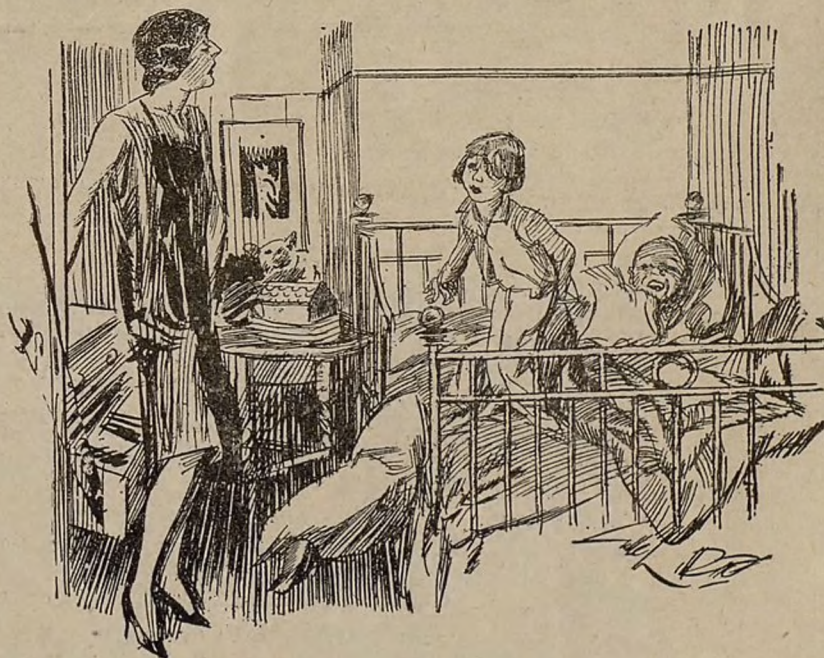
ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

23.—Hace tiempo se proyecta.

I T I
L L L
E L
DISTANCIA

24.—Para los nervios.

CONQUISTA
T| NOTA NOTA NOTA T|
NOTA



—Mamá; Miguelito no me deja dormir.
—¿Por qué no se queda en la mitad de su cama?
—Sí, mamá; pero es que quiere la mitad de enmedio y yo tengo
que dormir en las dos orillas.

(De The Passing Show, Londres.)

Perfumeria "Belleza"



PARIS y BERLIN
gran premio y meda-
llas de oro

Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA (Registrado)

DEPILATORIO BELLE-

Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único quequita de raíz, por fuerte que sea, el veilo y pelo de la cara, brazos, nuca, etc., sin perjudicar al cutis por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia alguna. Único que ha obtenido Gran Premio.

RHUM BELLEZA y SIRIO BELLEZA (contra las canas).—A los pocos días de usar uno cualquiera de estos dos productos desaparecen las canas, devolviéndoles su primitivo color con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana se evitan los cabellos blancos, pues sin teñirlos les da vida y color. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia, ni engrasa.

TINTURA WINTER, marca BELLEZA.—Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente natu-

rales e inalterables. Pídanla *negro, castaño, oscuro, castaño natural y castaño claro*. Es la mejor, más práctica y más económica.

CREMA ANGELICAL CUTIS (líquida) y **ALMENDROLINA BELLEZA** (pasta-espumilla).—Dan al cutis blancura natural y finura envidiables *sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza y distinción (*blanca, rosada y Rachel*).

LOCION BELLEZA.—Con perfumes de frescas flores. *Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva.

FIJADOR BELLEZA.—Mantiene fijo el peinado todo el día. Cabello con brillo y elegante.

AGUAS DE COLONIA, marca BELLEZA

ROSAS Y CLAVELES.—Reproduce el perfume intenso de los rosales de España, a la vez que la delicada fragancia del clavel blanco.

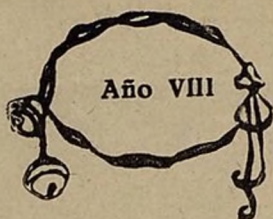
AROMAS DEL MONTE.—La más alta concentración, perfume incomparable, aristocrático, intenso y varonil.

FLOR SELECTA (extra - añeja).—Constituye un incomparable *bouquet*, fino y de gran fijeza y originalidad.

DE VENTA en Perfumerías y Droguerías.

En MEJICO: Cuspinera Forrellad y Morera, 6.^a calle del Pino, 233.—En BUENOS AIRES: Rogelio Mars, González Díaz, 669.—En LISBOA: Luciano Lourenzo, Avenida da Liberdade, 18
En PANAMA: Pedro Pujolás, Farmacia Española, calles B y 13 Oeste.

AVISO. Cuando no halle en su localidad el producto que usted desea, pídale a los Fabricantes, ARGENTE HERMANOS, San Isidro, 13, Badalona (España)

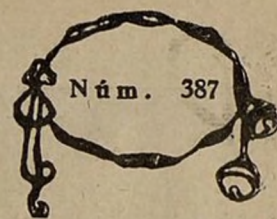


Año VIII

BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 28 de abril de 1929



Núm. 387

CHARLAS DOMINICALES



Es evidente.

“Los hombres las prefieren rubias”...

Pero, ¡ay!, “los empresarios las prefieren negras”...

Negras y negros. Porque lo mismo les da que sus artistas sean de un sexo o del otro. Lo esencial es que su piel *tire a chocolate*.

La invasión negroide va siendo realmente alarmante en esta Corte.

No hay “Cine”, “Salón”, “Cabaret” o cualquier otra “Sakusería” por el estilo, sin orquesta negra, bailarina negra, *botones* negros o criados *aceituna*...

Las tribus centroafricanas deben hallarse contentísimas. La *emigración* a España resuelve con esplendidez su problema económico.

¡Basta de taparrabos!... ¡Basta de moler arroz con una gran maza en el hueco mortero formado por un tronco de árbol!... ¡Basta de *piragua*: y... ¡a *pirárselas pa los Madriles*!...

La caza del *cocodrilo* es peor que la caza de un *empresario*. (Aunque, a las veces, sea cosa parecida.) El arte de guerrear con las tribus enemigas, tan sólo produce disgustos. (Y algún *chichón* que otro.) Más práctico que ser guerrero en *Tom-buctú*, es tocar la música de Guerrero en el “Maipú”... El porvenir de la raza negra está en “Royalty”, en el “Salón Avenida”, en el Salón de la “Prensa”; en cualquier “Salón”, en fin, menos en un “Salón de limpiabotas”, que es, precisamente, donde encajaría mejor el trabajo negro.

Contemplando el mímico que son tratados estos oscuros artistas, por público y empresas, nos representamos *in mente* las escenas que, en su país, serán preliminares al éxodo.

La madre que vea crecer a su hija, en exuberante desarrollo de formas, procurará enseñarla cuatro danzas eróticas, al estilo de aquella tie-

rra, con ánimo de *facturarla* en el primer vapor con rumbo (y con *rumba*) a las costas españolas.

Y si la hija fuese hijo, la solícita *madre* le dirá en la lengua nativa, que será una lengua un poco *sucia*, o por lo menos *ennegrecida*:

—¡Quítate ese anillo de la nariz, que no te va a dejar tocar el clarinete, y apréndete dos *fox* y cuatro *charles*, cuanto antes, porque he recibido carta de Campúa, y... ¡ya estás saliendo de *naja* para *Romea*!...

¡Claro (y perdonen ustedes esta palabra tan poco apropiada a tan negro asunto) que la mayor parte de estos abetunados artistas no son de África, sino americanos!... Pero las escenas anteriores a su viaje no diferirán gran cosa de las relatadas.

Lo cierto es que lo negro *se lleva* mucho. Y que con esta moda se están poniendo los “chocolates” un poco tontos.

¡Hay que ver el *postín* que se dan ante el público!... Siempre tienen una sonrisita en los labios (en aquellos labios en que tantas cosas caben) que es a modo de irónica mueca de burla y de superioridad. Parece como si despreciaran a los blancos que formamos en el público.

—¡Qué infelices!—parecen pensar—. ¡No son negros!...

Y ¡claro que no somos negros!... Mas, por formar parte del público, nos sentimos un tanto *morenos*.

Pero esto no les basta. Siguen en sus muecas despectivas, dando golpes al bombo o soplando en sus raros instrumentos, con una cara guasona que quiere significar su desprecio hacia una raza pálida, incapaz de convertir la música en ruido, el violín en gato y el baile en sarna...

¡Qué le hemos de hacer!... En la nueva modalidad armónica, somos inferiores... Un blanco no siente *todavía* el ritmo a contratiempo... ¡Ya lo sentirá!...

Pero este no es motivo para que *presuman* tanto esos negritos de pelo rizado: *frac*, correcto; corbata, blanca; e intención, negra.

También los blancos aprendemos, un día, a desafinar. Ya e notan oarruntos en algunos músicos españoles.

Lo intolerable es que aquellos profesores negros estén quitando el pan blanco a muchos blancos.

Sí: porque hoy día, para contratarse en una “orquesta”, es necesario, por lo menos, pintarse con negro de humo o con negro marfil. Labor siempre desagradable, depresiva, y expuesta al *destiñen*...

Músicos, sin contrata, conocemos nosotros que se están poniendo inyecciones de calamar.

Y ni así consiguen trabajo.

Es decir: que los que hoy no son negros, tienen la *negra*.

LUIS DE TAPIA



Dib. SILENO.—Madrid.



—¿Tomando el sol? Se está usted poniendo muy negro?

—Sí; pero este sol debe de ser muy malo, porque en cuanto me lavo se me quita.

Dib. FUENTE.—Madrid.

Alrededor del mundo

Curiosidades y rarezas

La ballena es uno de los pocos animales que no tiene ninguna afición a la música. No hay, para demostrarlo, más que llevar una piano'a al sitio donde suelen encontrarse, y verán ustedes que, toquen lo que toquen, la ballena demuestra que aquello no le importa tres pepinos.

El kanguru es el único animal que sabe hacer operaciones de bolsa.

El avestruz rinde cada año kilo y medio de plumas. Y también rinde al individuo que le quiere seguir cuando corre.

La mula, el camello, el elefante, el búfalo, la cebra, el reno y el buey son bestias de carga.

Una serie de sablazos propinados por los guardias rojos de Moscú, es todo lo contrario: carga de bestias.

En Méjico hay una iglesia en la que no se utilizan velas que no sean de cera virgen.

Los brillantes empañados pueden volverse a ver como antes, frotándolos con miga de pan.

Pero los brillantes empañados no pueden volverse a ver como no sea con papeleta.

Exactamente lo mismo que las Reales Caballerizas.

El hongo fué descubierto por un

sabio que no se había quitado el sombrero en su vida.

En Colombia va a dictarse una disposición para que los aeroplanos lleven la derecha.

No hay ninguna mosca que sea hija de legítimo matrimonio.

El *watercloset* más antiguo del mundo está en Londres.

Tiene sesenta años de cadena. Más que cualquier presidiario indecoroso.

SOTERO L. PEON

Una proposición a los sabios

Varias cosas que aún faltan por descubrir

Descubierta la electricidad, descubierta la aviación, descubierta la telegrafía sin hilos, descubierta el vapor, descubierta el motor de explosión, descubierta el Polo Norte, descubierta el Polo Sur y descubierta el transeunte que ve pasar una procesión, parece que ya en el mundo está descubierta todo.

Y, sin embargo, no es así. Quedan todavía muchas cosas que descubrir, muchas cosas que son y serán un misterio, o muchos misterios, durante la mar de tiempo. Estas líneas, por tanto, van dedicadas a los sabios que nos lean, que ya suponemos que serán muchísimos, porque es indudable que todo el que tiene el buen gusto de leer BUEN HUMOR es un sabio de lo más sabio. Y eso por sabido se calla, aunque nosotros no hayamos querido callárnoslo ahora.

En resumen: que tendríamos un bárbaro placer si esos sabios que nos leen (y hasta los que no nos leen), procurasen descubrir el porqué de las siguientes cosas que no están descubiertas a la hora en que escribimos estas preciosas consideraciones:

Por ejemplo: ¿por qué oscura razón los caballeros que se casan con una mujer rubia que se llama Etelvina, no ponen anuncios en "El Debate" ni usan tirantes negros?

¿Por qué no hay nadie, nacido en Getafe el año 1875, que tenga una sombrerería en Estocolmo?

¿A qué debemos atribuir el hecho de que ningún *jazz-band* quiera tocar en sábado una fantasía de *Rigoletto*?

¿Por qué no se ríe nadie a carcajadas en el momento de apearse de un tranvía en marcha?

¿Por qué todos los hombres de baja estatura prefieren el ascensor al aceite de ricino?

¿Qué explicación tiene el que las moecas no se posen en las gorras de cuadros, en el hielo, en los alambres del telégrafo y en las bayonetas de los soldados rusos?

¿Qué sucede para que ningún sordomudo de la provincia de Santiago de Cuba quiera aprender el alemán?

¿A qué se debe el absurdo de que no haya habido un taxímetro de cua-

renta céntimos el kilómetro que atropelle a un gato a la puerta de la Casa de Correos?

¿Por qué causa no se ha conocido todavía a un licenciado de presidio que lleve un clavel en el ojal?



—¿Y usted qué profesión tiene?

—Escritor vanguardista.

—¡Hombre! Eso no es una profesión, es una desgracia.

Dib. PILAR.—Madrid.

¿En qué puede consistir el hecho, probado hasta la saciedad, de que en Cercedilla se desalquilen con más facilidad los hoteles que tienen pararrayos que los que no los tienen?

¿Por qué no ha caído jamás el gordo de Navidad en Buitrago ni en Calatorao?

¿Cómo nos explicamos el que los franceses no sepan traducir el nombre de Facundo, ni el de Robustiana, ni el de Domingo, ni el de Espantaleón?

¿Qué insuperable dificultad es la que impide que no se haya dado aún un concierto de ocarina en el Teatro de la Comedia?

¿Quién es el que puede decirnos por qué razón el estanque del Retiro no está asegurado de incendios?

¿A qué es debido el que en la calle de la Montera no se sepa si la acera de enfrente es la derecha o la izquierda?

¿Por qué las mecanógrafas que no tienen novio ganan más sueldo en Pamplona que en Alcalá de Henares?

¿Qué fundamento puede tener el hecho de que muchas señoras hayan dado a luz en un tranvía y no haya habido ninguna que lo haga en la Biblioteca Nacional?

¿En qué consiste el que no se conozca a nadie que haya cometido un asesinato después de jugar al ajedrez?

¿Por qué motivo no hay casas de préstamos que tengan en el escaparate un letrero que diga *on parle français*?

¿Qué explicación puede darse al hecho demostradísimo de que ningún vendedor de gomas para los paraguas sea subscriptor de *El Sol*?

¿A qué podemos atribuir la dolorosa coincidencia de que fallezcan anualmente más taberneros que profesores de griego?

¿Qué razón hay para que en el Museo Arqueológico no haya todavía una vitrina con puños de celuloide y sombreros de copa?

¿Por qué narices no puede saberse a qué se debe el inexplicable absurdo de que los guardias de la po-

liza no puedan ser sargentos de la misma?

¿Por qué no hay un solo individuo, por económico que sea, que quiera comprar unos guantes de segunda mano?

¿Quién se atreve a explicar el fundamento que tiene el que las muchachas de diez y seis años que se pintan los labios no manifiesten interés en saber quién fué Demóstenes?

¿En qué consiste el que la mayoría de los domadores de elefantes son ateos y, sin embargo, la mayoría de los ateos no son domadores de elefantes?

¿Existe una razón lógica para que admita propinas el barbero que corta el pelo y no pueda admitirlas el verdugo que corta la cabeza, cuyo trabajo es indudablemente más perfecto y completo que el otro?

¿Por qué motivo no se ha dado todavía el caso de que una agencia funeraria aparezca un día cerrada por defunción?

¿A qué es debido el hecho indiscutible de que exista en la actualidad aviación militar y aviación civil y no exista aviación eclesiástica?

¿Por qué no hay ningún estanco que se sonría al despachar una cajetilla de canarios cortos de treinta céntimos?

Y, finalmente, ¿por qué no se ha conocido hasta este momento a nadie que se suicide tomando una disolución de encendedores, que es muchísimo más moderno que tomar una disolución de fósforos?

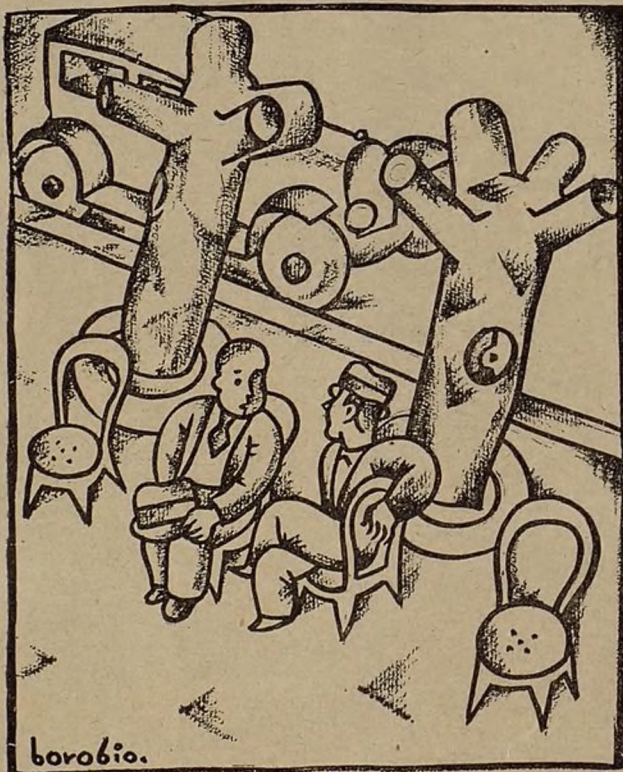
Si es posible que haya algún sabio que pueda descubrirnos satisfactoriamente todo esto, no vacilaremos en emprender una campaña para que sea declarado, de modo oficial y solemne, el gachó más talentado del Universo e islas adyacentes.

Pero ya verán ustedes cómo no podemos alcanzar tan espeluznante felicidad.

La humana inteligencia no llega a tanto.

Y como nosotros no podemos llegar tampoco, nos quedamos aquí.

Así es que haremos punto (a pesar de no saber una palabra de labores) y ya vendrán días mejores en que podamos hacer otra cosa menos redonda y más transcendental.



—A todas partes vas detrás de tu suegra; ¿tanto la quieres?

—¡Qué! Es que voy a ver si es verdad eso que dicen de: el que la sigue la mata.

Dib. BOROBIO.—Madrid.

ERNESTO POLO

BAMBALINA



DIABLAS Y TRASTOS



SANTIDAD A LA MARINERA

¡Qué disgusto más morrocotudo el que nos dieron la noche del viernes, en el Teatro Cómico de esta capital, los amigos Ardavin y Valentín de Pedrol... Nos contaron el drama de una pobre familia de pescadores, y nos metieron el corazón en un puño; pero en uno de esos puños de pollo bien, estrechitos, apretados... ¡Qué disgusto!... ¡Y eso que era en el Teatro Cómico, Dios mío! ¡Si no llega a ser Cómico el teatro, no sé lo que nos cuentan!...

Y la cuestión es que está bien... Allí hay obra, cosa que no suele ocurrir en la mayor parte de los casos. Pero hay desgracias que caen sobre las familias, y ¡qué se le ha de hacer!... los autores no tienen la culpa... No hay más solución, pues, que sobreponerse a la desgracia y sacar de ella el provecho que se pueda; y la enseñanza oportuna.

La enseñanza de esta obra viene a corroborar una opinión y un consejo que nosotros hemos dejado caer en estas líneas en más de una ocasión: hay que tener ojo con la maternidad. La maternidad es un fenómeno que estamos siempre ensalzando al rango de virtud, y hay acerca de eso sus más y sus menos. Si la maternidad fuera nada más que maternidad, sin paternidad, todo quedaría reducido al fenómeno inofensivo de la dilatación de los cuerpos, fenómeno reconocido desde antiguo por los físicos y por todos los que han querido registrar esas cosas y enterarse. Pero como la maternidad es una obra análoga a la estrenada en el Infanta Isabel por estos días, obra compuesta a base de Adán y Eva y compuesta en colaboración por un autor y una autora, resulta que no basta con que diga la autora: "¡Miren ustedes qué obra acabo de hacer!"; no basta porque el público reclama a gritos: "¡El autor... el autor!" Y entonces es ella... Entonces; cuando es ella... y no él, debiendo ser él y ella.

En esta obra, llamada *La santa*, aparece una mujer, la señora Rosa,

casada con un marinero y honesta por completo... hasta que dejó de serlo. Dejó de serlo ya infeliz por una pequeñez, por lo que a veces pasa: por blandura de corazón. Un amigo de la casa necesitaba una marinera... Se lo dijo a la señora Rosa; y la señora Rosa, enternecida, le dijo: "Pues prueba a ver si te sirvo". Y aquello fué la mar... La marinera comenzó a dar de sí por la cintura, y un día, registrando la bodega del bajel donde

se había embarcado la pareja, se encontraron con un pasajero de más: una niña; y con un pasajero de menos: el papá de la niña, que se había—como de costumbre—largado cuando la mujer se había ensanchado. Es una operación, por lo general, concomitante: cuando se inician en la dama las operaciones del ensanche, se producen en el hombre las del larguen.

La madre pecadora trata de ocultar



—Soy casada... ¡besugo!

—¿Y qué? ¿Su marido no me tragará?

—No; tendría miedo de tragarse una espina.

Dib. BERNAD.

—criándolo fuera de casa—el cuerpo del delito; pero un día traen a la pequeña a casa de la madre porque el ama de cría ha fallecido; el ama de la casa y madre de la pequeña fallece igualmente del susto, no sin haber revelado su secreto a otra hija mayor, Pasión, y haber finiquitado exclamando: “¡Ahí queda eso!”

En ese mismo instante, cuando la hija amante acaba de saber el notición del zafarrancho del bergante, entra el bergantín del patrón. ¡Señor, Señor, qué situación!... La madre, de cuerpo presente; de “cuerpo presente” igualmente la pequeña, que es lo grave; y el peligro de que la gente pueda averiguar la clave y decírsela al patrón, si no se da de repente una sencilla explicación que satisfaga plenamente.

Eso de que “satisfaga” es un decir; porque—y aquí la nuestra—la maternidad será sacrosantísima, pero cada vez que las familias se encuentran con un crío fuera de programa se oyen los alaridos en el Poio.

La hija se decide a cargar con el muerto, o sea con el vivo: con el nene; y dice a todo el mundo, para salvar la memoria de la madre—“santa” a los ojos de todos—, que la criaturita ha sido confeccionada a medias entre ella, entre la hija y un sujeto cuyo nombre calla.

La de disgustos que acarrea la noticia, ya se lo podrán ustedes suponer...

Y, sin embargo, si la maternidad fuera un hecho tan sagrado como nos

están diciendo siempre, en prosa y verso, no debería haber disgustos por tal cosa. Los hay, empero; todos los terribles disgustos que forman este drama provienen del hecho de la maternidad: de ese hecho al que hay que dar—según dice el refrán—el pecho después de hecho.

Allí hay que ocultar a todo trance que la madre ha vuelto a serlo; pero resulta peor, aunque para ocultarlo diga la hija que la madre ha sido ella. Todo el conflicto viene, pues, de que la una o la otra decidieran ser mamás sin tener en cuenta al papá. Luego lo importante es el papá.

Lo decimos e insistimos porque está lleno el camino de la vida de cantos a la maternidad; unos, cantos puntiagudos; otros, a los que no se les ve la punta; pero no damos dos pasos sin que tropecemos con unos o con otros. Y de la paternidad, ni una palabra... Cuando debiera ocurrir justamente lo contrario...

A las madres y a los cantores de la maternidad todo se les vuelve decir: “¡Yo he llevado a mi hijo en las entrañas!”... Y están siempre sacando a relucir las vísceras del abdomen... Como si a nadie, cuando toma buena horchata, se le ocurriera felicitar a la garrafa... Nadie hace tal: alaba la cía-se de la chufa o alaba al horchatero... pero lo demás es hojalata.

En los objetos manufacturados basta con inscribir un letrero donde diga: “Made in Germany”. “Made in donde sea”. Basta que se diga: “Hecho aquí, hecho allí”. Pero cuando se trata

de estos otros objetos no manufacturados, sino facturados nada más, y facturados a la parisiense, lo de menos es dónde se hicieron, ni quién ha sido la fábrica, sino quién el fabricante.

Este drama de *La santa* lo hace ver. El padre y el hermano de Pasión, y el novio de Pasión, quieren a todo trance saber quién fué el papá, quién fué el que tuvo la avilantez de traer una maternidad. Y la pasión de Pasión consiste en sufrir la angustia de las botellas de champagne: la angustia de tener dentro del cuerpo un gas que quiere hacer saltar el tapón y no poder destaparse porque el patrón se va a llevar entonces las manos a la cabeza.

Afortunadamente se arregla todo, porque Pasión se lo dice a su novio y éste comprende y ama y abraza y... cae el telón.

Todo acaba bien; pero el disgusto no nos lo quita nadie del cuerpo.

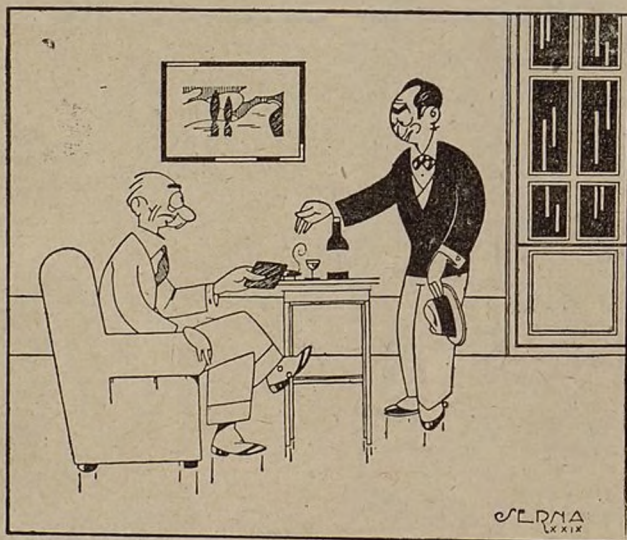
Rosarito Iglesias demostró que tiene aptitudes no pequeñas; Soledad Martínez demostró, como siempre, su discreción; y Baena nos admiró en determinados momentos de su papel, un papel de marinerito de agua dulce; pero, ¡como de agua dulce!, de agua con azucarillo.

LA LEVITA DE MONCAYO

Se prepara un homenaje a la levita del veterano Moncayo. Nosotros nos adherimos, desde luego, a tan feliz idea. ¡Pues no faltaba más! Tenemos en ello un verdadero empeño, pues nos parece que en estos homenajes hay que aportar algo de empeño. La levita se habrá distinguido en esta vida, entre otras meritísimas virtudes, por sus varios empeños salvadores. Nosotros debemos imitarla.

Creemos, además, que todos, absolutamente todos debemos acudir al ágape en cuestión—pues supongo que nos agapearemos—con levita. La prenda obligatoria, la levita. Hombres y mujeres con levita y nada más que con levita. A las señoras se les permitirá, si acaso, el zapato por aquello del tacón; pero nada más, absolutamente nada... La levita es la prenda de vestir más fiel y más duradera. Moncayo lo ha demostrado. Donde haya, pues, una levita, ¡fuera las demás prendas!

Y felicitamos a Rodríguez de León por la simpática idea.



—Toma los cinco duros, y a ver si me los devuelves pronto, que el tiempo es oro.

—Descuida hombre, te pagaré con tiempo.

Dib. SERNA.—Valencia.

MANUEL ABRIL.

Ya se van agotando

Me preguntan en serio
 dos empresarios
 qué calificativos
 extraordinarios
 aplicarse podrían
 en los renglones
 conque el éxito anuncian
 de sus funciones;
 porque el éxito *inmenso*
 y el *asombroso*,
 y el *enorme* y el *bomba*
 y el *clamoroso*
 se ven tan repetidos,
 que, aun los mejores,
 ya no les impresionan
 a los lectores.
 Como los adjetivos
 están *completos*,
 no sé qué aconsejarles
 a esos sujetos.
 En fin, ya que los pobres
 más no discurren,
 ahí les mando unos cuantos
 que se me ocurren:
 Puesto que el *formidable*
 y el *estupendo*
 son éxitos de teta,
 que van cayendo,
 cuando se estrene un drama,
 con inmodestia
 digan "éxito *espasmo*"
 o "éxito *bestia*";
 "éxito seriamente
despiporrante";
 "éxito *estrepitoso*
 y *atolondrante*";
 "éxito treinta veces
morrocotudo";
 o "éxito francamente
repompolludo".
 De estos siete adjetivos
 extraordinarios
 elijan los que quieran
 los empresarios...
 aunque, si la obra es buena,
 no se precisa
 aplicarle adjetivos
 que causan risa;
 sobre que ya la gente
 (que está escamada)
 ni de "bombas" ni bombos
 se fía nada.
 Por mi parte, comprendo
 que es conveniente
 defender los negocios
 valientemente;
 mas, como ya me han dado
 tanto cameío,
 ¡de los éxitos *bombas*
 libreme el cielo!

JUAN PEREZ ZUNIGA



—¿Estudias mucho, monín?
 —LA MAMÁ DEL NIÑO.—¡Oh!... es aplicadísimo; con decirle a usted
 que ya tiene firmadas veintiocho corridas.

Dib. CASERO.—Madrid.

Se necesita un fantasma

I

Aquel castillo lo estaba necesitando para no desentonar de otros semejantes, enclavados en la misma comarca. El cumplimiento de la vieja mole de granito, con sus torreones, sus fosos, su puente levadizo y sus agrietadas estancias, era, indudablemente un fantasma. Pero un fantasma auténtico, espectral, terrorífico y que, a ser posible, trajera consigo, como garantía una leyenda en la que se mezclasen el odio, el amor, la traición y el crimen; un fantasma maestro en el arte de la transformación, hábil en lanzar gemidos, lamentaciones y ayes angustiosos y en producir ruidos extraños y fosforescencias multicolores.

Reconociéndolo así los propietarios y habitantes del castillo, fijaron un día, en la puerta de éste, un rótulo que decía:

"Se necesita un fantasma con buenos informes."

"Hablad con el propietario."

II

El propietario—marqués de San Dunes—habló, en efecto con uno.

Era éste, alto, blancuzco, transparente, de esqueléticas manos y de ojos rojizos, semejantes a dos llamas perennes.

—Yo, señor—comenzó diciendo—, me he enterado de que ustedes necesitaban un fantasma y he venido porque creo que puedo servirles. Me llamo Abelardo el Terrible.

—Bien. Me gusta. ¿En dónde has estado antes?

El fantasma se encogió ligeramente de hombros.

—Por ahí—repuso, con una vaguedad un tanto desconcertante—. No tenía ocupación fija. Asustaba a quien podía, y nada más.

—¿Y qué sabes hacer?

—¡Oh! Soy capaz de hacer todo lo que haga el mejor fantasma del mundo. Doy saltos mortales, vuelo, me filtro por las paredes, aparezco y desaparezco a la vista del público, cambio de vestiduras y de forma cuando me place; apago las luces, descorro las cortinas, abro y cierro las ventanas y las puertas, descueigo los cuadros, arrastro mis cadenas por el suelo, esgrimo puñales, dagas y espadas; gimo como un moribundo, río como un demente o lloro como un niño al que estuviesen martirizando; sé canciones lúgubres de tiempos pretéritos y can-

tos de guerra; imito fragores de tempestad y ruidos de lucha espantosa; profiero juramentos escalofriantes en cinco idiomas distintos...

—¡Basta! Creo que me convienes.

—Celebraría que el señor quedase contento de mí, porque este castillo me agrada. Aquí podré trabajar a gusto. En el campo el trabajo es penoso e ingrato. Sólo durante el verano hay gente, ¡pero qué gente! Arrojan piedras y azuzan a los perros. En cambio, aquí seré un fantasma respetado.

—Indudablemente. Te trataremos como si fueras de la familia. Espero que tú sabrás corresponder a nuestras deferencias y que, si bien por las cercanías mostrarás tus habilidades, entre nosotros te comportarás como una persona educada.

—Conformes—dijo el fantasma.

Y cerraron el trato con fuerte apretón de manos.

III

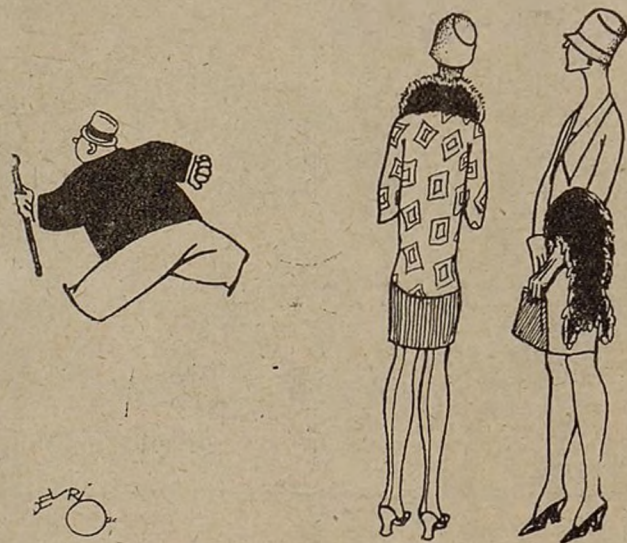
Abelardo el Terrible estaba contento con el nuevo destino. ¡Al fin había logrado dejar su condición de fantasma vagabundo y ocupar un cargo digno de su categoría!

Estaba muy contento, sí. Y, a impulsos de esta satisfacción, fué cambiando el triste concepto que antes tenía de la vida y de los humanos. ¿Por qué odiar a aquella y por qué atemorizar a éstos con rebuscadas maldiciones en cinco idiomas y estúpidos ayes desgarradores? ¡Tan bello como es reír y cantar dulces sonatas de amor!

Noche de luna. En el jardín hay una pausa. El surtidor ha enmudecido. Y es que, al fin entre las flores, brotó el amor.

Abelardo el Terrible engordó considerablemente y sus mejillas, antes pálidas, copiaron el rojo de los crepúsculos. Principió a sentirse torpe. Un día abandonó sus cadenas, por considerarlas demasiado pesadas y ruidosas. Otro día, tras de hacer inútiles esfuerzos para lograrlo, desistió de dar aquellos dobles saltos mortales que eran su orgullo de fantasma.

Su voz dejó de ser ultratúmbica,



—Es un presumido. No le paga al sastre por poder decir que le viste un sastre inglés.

Dib. DEL Rfo.—Barcelona.

para convertirse en timbrada y acariaciadora.

Y un día—el más feliz quizás de su existencia—oyó como un campesino, al advertirle, le saludaba respetuosa y afablemente, destocando su cabeza:

—Que Dios le guarde, don Abelardo.

IV

Don Abelardo el Terrible cruzó una pierna sobre otra y encendió un cigarrillo aromado con ámbar.

—Usted dirá, marqués—dijo, mientras su mano derecha, gordoza y pulida, teclaba sobre el brazo del sillón.

—¿No imagina usted el qué tengo que decirle?

—No, francamente.

—Pues que ya no le necesito. No me sirve usted como fantasma. Le tomé a mi servicio para que asustara a la gente y diera realce a este castillo. Por desgracia, se ha olvidado usted pronto de su obligación. Esas canciones románticas que usted entona en las noches de luna producen el efecto contrario. Desde este momento queda usted despedido.

Don Abelardo el Terrible inclinó la cabeza.

—Está bien. Lamento que mis servicios no sean de su agrado. Todos ustedes son gente encantadora y este castillo me era ya familiar. ¡Qué vamos a hacerle! Me iré hoy mismo, si usted lo desea.

Pero el marqués de San Dunes tenía aún algo que decir.

—Espere. Creo que habría otra solución.

—Dígala.

—Antes le hablé de esas canciones románticas. Pues bien: ellas han sido causa de que mi cuñada haya sentido arder en su pecho el fuego de una pasión. ¿Me comprende?

El fantasma sonrió discreto.

—Le comprendo, marqués. ¿Me permite usted el honor de pedir la mano de su bella cuñada?

—¡Querido Abelardo!—exclamó el marqués.

—Y fué a abrazarle; pero el voluminoso abdomen del fantasma le detuvo a medio camino. En vista de lo cual, se contentó con estrecharle la mano gordoza y pulida como la de un banquero.

José SANTUGINI.



EL ESCULTOR.—Sí, señor, me paso todo el día aquí dando golpes con el mazo.

LA VISITA.—¿Y cuándo hace usted ejercicio?

Dib. TAULER.—Madrid.



Dib. GARRIDO.—Madrid.



EL SEÑOR.—¡Cochino! ¡Limpiándose la boca con mi cepillo de dientes!

EL CRIADO.—¿Y con qué me voy a lavar si no encuentro el cepillo de las botas?

Dib. SAMA.—Madrid.

El timbre que no suena

Escena: Piso segundo de la escalera principal de una casa de vecinos.

Una visita de cumplido, integrada por un matrimonio, sale del ascensor.

EL (*cierra las puertas del ascensor y busca inútilmente el botón de bajada*).—¿Es este el piso que ha dicho el portero, querida?

ELLA.—No recuerdo, y la otra vez como vine con tía Herminia no me fijé. (*Pausa mientras se arregla un rizo del pelo*). ¿Pero qué haces?

EL (*algo azorado*).—Que no sé cómo se baja esto.

ELLA.—Aprieta el botón... (*Se mira en su espejo*).

EL.—Ahora, ahora... Voy a llamar primero al timbre para que no tengamos que esperar tanto. (*Se arregla las solapas y pulsa el timbre con naturalidad. Silencio. Ella mira con curiosidad el ascensor*).

ELLA.—¿Llamas o no?

EL.—Si ya he llamado, mujer.

ELLA.—Pues no lo he oído.

EL.—No lo has oído, pero he llamado.

ELLA.—Bueno, Pablo, no es menester que te pongas así. (*Sigue buscando disimuladamente el botón de bajada*).

EL.—No nos abren.

ELLA.—Claro, si no has llamado...

EL.—Basta que diga que he llamado, para que sea verdad. ¿Me entiendes, Julia?

ELLA (*Mirando el ascensor*).—Como quieras, hombre. Pero ahora vas a llamar delante de mí, que yo te vea.

EL (*Tembloroso y comedido toca el timbre con suavidad*).—¿Le has oído?

ELLA.—¿Pero cómo va a sonar si casi no aprietas? (*Pausa*).

EL.—Tú que conoces la casa sabrás si el timbre está o no lejos.

ELLA.—Pues no sé, porque sólo conozco la parte de delante de la casa, la que siempre se enseña, la de recibir. Ya sabes que doña Angeles no gusta enseñar la parte de dentro.

EL.—Pues debe ser que el timbre queda muy al fondo.

ELLA.—Bueno, pero de todas formas toca más fuerte; decidido; todo el timbrado de una vez.

EL (*Retardando un poco la acción*).—Mujer, casi hace dos minutos que acabamos de llamar. Suponte que haya sonado.

ELLA.—¡Qué hubieran abierto!

EL.—No, no pongas esa cara, Julia. Llamaré otra vez (*Pulsa el timbre, enérgico y decidido, manteniendo el dedo fuertemente adherido al botón durante largo rato, mientras estornuda escandalosamente*).

ELLA (*Sin dejar de escudriñar el ascensor*).—Basta, Pablo. Ni tanto, ni tan calvo.

EL.—¿Y ahora oíste?

ELLA.—He oído lo que habrá oído toda la casa; pero no pienses que nos van a abrir a fuerza de estornudar.

EL.—Mira, hijita, llama tú.

ELLA.—Si acabáramos por ahí... Aprende, y a ver si te estás calladito. Para la respiración, y escucha. (*Pulsa el timbre con fe y con esperanza, pero sin caridad. Ni el más leve sonido. Luego dice, como el que tiene una idea salvadora*). A lo mejor no es aquí, Pablo.

EL.—Pero mujer, aunque aquí no sea, debería sonar el timbre.

ELLA.—Pues entonces no me cabe duda. Está estropeado. Sinó algo hubiéramos oído al menos por intuición. No suena; si sonara tenían tiempo de haber venido desde la primera timbrada. Anda, baja a ver al portero y dile lo que pasa.

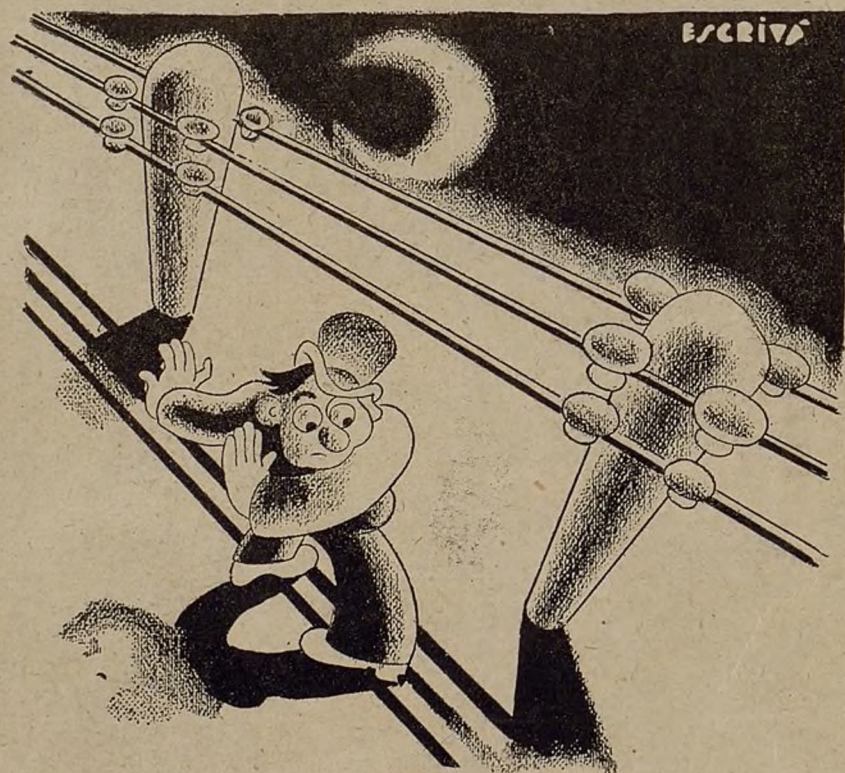
EL (*Olvidando el comedimiento y asomándose por la barandilla*).—¡Portero, portero!

PORTERO (*Desde abajo*).—¡Señor! (*Mientras Pablo está ocupado mirando hacia abajo, ella con toda libertad hurga el ascensor para buscar el botón de descenso*).

EL.—No nos abren. ¿Sabe usted si es que no funciona el timbre?

PORTERO.—¡Ah, sí, es verdad! Perdonen los señores; me olvidé advertirles a ustedes y avisar desde aquí abajo. Ahora mismo llamaré por el micrófono del portal.

EL (*A ella*).—¿No te decía, Julia? Resulta que no funciona.



El equilibrista curda regresa a su casa.

Dib. ESCRIBÁ.—Madrid.

ELLA.—No es que quiera decir que sea lista, pero me lo estaba figurando.

EL.—¡Ah!...

ELLA.—Y, además, te aseguro que éste ascensor no le sabemos bajar nosotros.

EL.—¡Ya estaba yo en ello!

ELLA.—¡Ah!...

EL.—Se lo diremos a la doncella para que lo baje. *(Pausa en la que se acicalan con esmero.)*

EL *(Con placer, por los de la casa).* Si no estuvieran...

ELLA *(Convencida).*—Es que como estén, hemos perdido lastimosamente el tiempo.

(Pasos lejanos primero, y cercanos después. Alegre taconeó dentro de la casa. Últimos y rápidos retoques de la visita. Mientras se abre la puerta, el matrimonio no se dá cuenta del descenso del ascensor, bajado desde el portal por el portero, que se dió cuenta por fin de la situación.)

ELLA.—Doña Angeles, ¿está?...

DONCELLA.—Sí, señores; pasen ustedes. *(Ella y él cambian una significativa mirada.)*

EL.—Tiene usted que bajar el ascensor. Yo no he podido, no sé, no encontré el botón...

DONCELLA.—¿Cómo dice, señor?

EL.—Que haga el favor de bajar el ascensor.

DONCELLA.—¿Cuál?

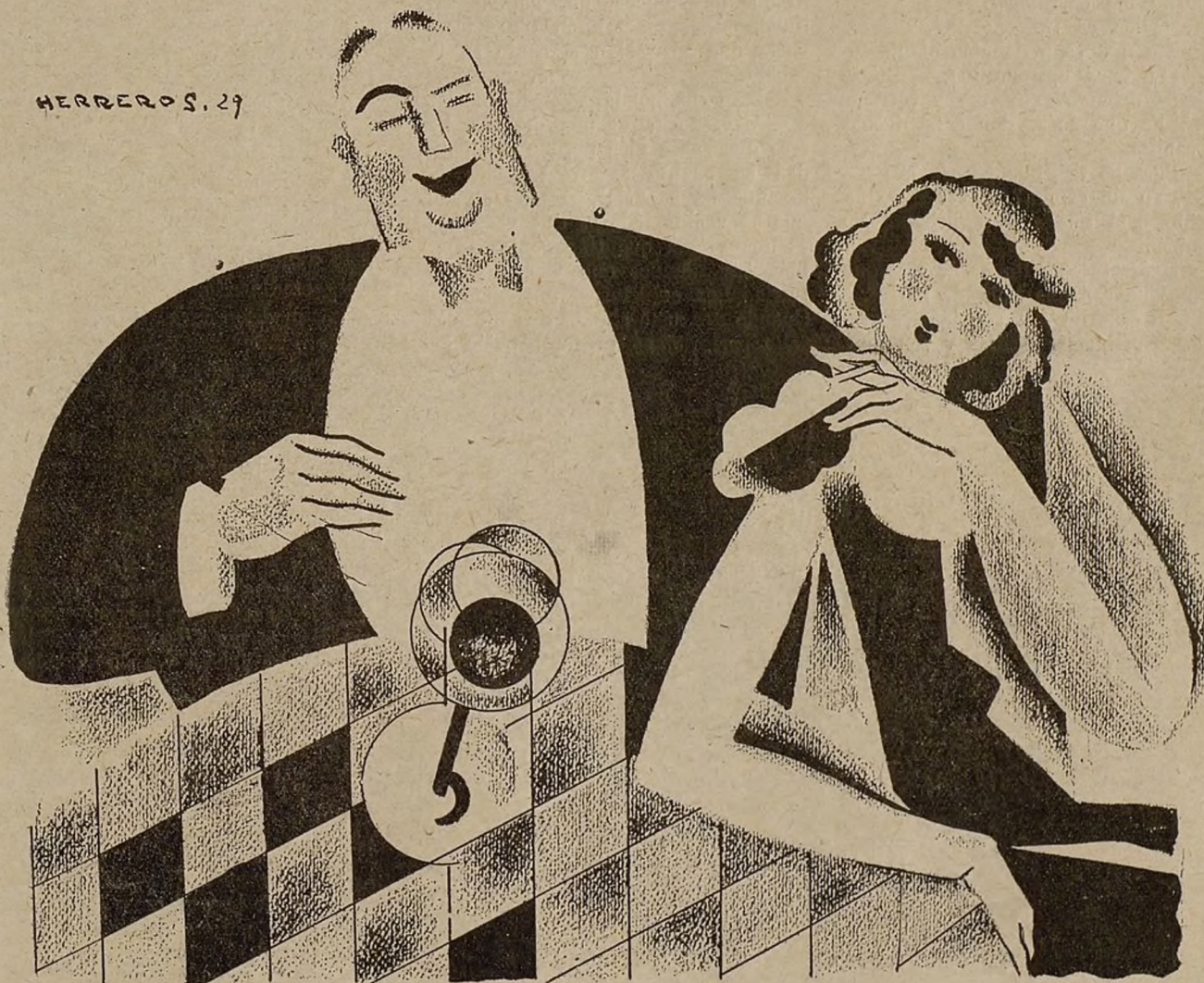
ELLA Y EL.—Ese... ¿cuál va a ser? *(Se vuelven para señalarle y quedan atónitos ante su ausencia.)*

DONCELLA *(Cierra la puerta sonriente. Abre luego una puerta acristalada del recibimiento).*—Pasen aquí los señores.

Cambian los esposos una nueva mirada, y se disponen a entrar heroicamente en la salita roja, la elegante sala de tortura de doña Angeles.

PEDRO GARCIA ORMAECHEA

HERREROS. 29



EL.—Cuánto agradezco que haya usted bailado conmigo. ¡Lo hago tan mal!

ELLA *(que tiene los pies destrozados a pisotones).*—¡Cómo puede usted decir eso si apenas toca el suelo!

Dib. HERREROS.—Madrid.

Antes del "debut"

La escena se desarrolla en el escenario de un coliseo dedicado al "cupletismo".

Personajes: la doncella de una cupletista y un empleado de la casa.

—Voy, señorita, voy a ver si está por aquí.

—¡Ay! ¿Lo que buscas es, por casualidad, un juanete? Porque acabas de pisarme uno de los más desarrollados que poseo.

—Usted perdone, pero es que mi señorita me trae loca.

—¿Quién es tu señorita?

—Esa que va a debutar ahora.

—¿La bella Estropajito?

—La misma... Voy... Voy corriendo... Es que no se donde he dejado la camisa.

—Pues no te presentes sin ella.

—¿Yo sin camisa? A ver si se ha creído usted que voy a debutar yo también.

—Oye, ¿tu señorita es de esas que salen solo con una hoja de parra?

—Mi señorita sale con buenos vestidos, con buenas medias y con muy

buena ropa interior. ¡Si viera usted las "combinaciones" que se trae!

—¿Para no pagarlo?

—No, que gana mucho, según ella, pero la verdad es que apenas saca para el azahar que necesita, porque está con los nervios alteraos. Siempre que se presenta al público le pasa lo mismo. Tiene un miedo feroz. Y yo no sé a qué viene ese miedo; porque todavía el público no ha matado a ninguna cupletista, que yo sepa. Claro que hay muchas que no han estudiado el canto y están pidiendo a voces que las metan en el canto en la cabeza.

—Pero con honda.

—Mi señorita es una de esas. Se cree que canta bien porque la aplauden en cuanto sale... Y quien la aplaude es la "cla". Y su familia, que ha venido toda pa que vean que es una artista que trae gente. También hay algunos que vienen a patearla. Los cupleteros, por ejemplo. Cuando vea usted alguno que protesta del repertorio, no pregunte quién es.

Es un autor de cuplés que mi señorita no ha querido cantar. Y hace bien. Porque la traen cada cupletito. El otro día la trajeron uno de los que se estilan ahora, en los cuales la artista aparece dando dulces, flores o perfumes. Mi señorita tenía que salir dando cocido entre los espectadores, y les decía:

"Que te den garbanzos de los de Castilla, que te den chorizo, que te den morrillo, y con todo esto ¡jarza, toma y dale! verás que cocido tan rico te sale."

—¿Y no lo quiso cantar?

—No. ¡Bueno, se puso el autor!... Dijo que se vengaría y ahí está dispuesto a meter los pies, como si estuviese escribiendo.

—De modo, que el primero que proteste...

—Ya sabe usted quién es. ¡Ah! Si la ven ustedes salir a mi señorita con las manos llenas de piedras, no se asusten. Son las piedras falsas del año pasado. Las buenas las tiene en el Monte. Voy, señorita, voy. ¡Ya me está llamando otra vez la señorita! ¡Cómo se conoce que está enfadada porque no le han hecho tiras ni carteles! ¡Cosas de las artistas! ¡Miren ustedes que enfadarse porque no le hacen tiras a una! Lo que ha dicho uno: —Debuta usted y ya se las harán.

—La Estropajito pide el azahar.

—¡Volando! ¡Qué ganas tiene de verse con el azahar! ¡Y con el traje de boda! Pero me parece a mí que eso...

—¿Sabes tu algo?

—¡Claro que sí! Hay uno de Regulares que le hace el amor, pero ella no le quiere porque no tiene porvenir ni ascenderá nunca.

—¿Que no ascenderá nunca?

—¡A ver! Siendo Regular no puede ser superior.

—¡Anda, anda, que te llama tu señorita!



—Dispense usted, caballero, si le he contestado mal durante la comida. Pero, ¡qué quiere usted! ¡Cuando oigo una imbecilidad no puedo contenerme!

Dib. CUESTA.—París.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE

Nuestras artistas dibujan y escriben

Irene López Heredia

Irene López Heredia es una de las "asas" de la actual escena española. Y además, como podrán ustedes ver, una futura dramaturga. La persona que sabe, como ella, escribir y dibujar lo que va escrito y dibujado en esta página, puede muy bien escribir una comedia y hacer, mejor que todos, una decoración de vanguardia.

Mi primesa salida por el foro

Nací en Mazarrón, y, por lo tanto, soy mazarronense, al mismo tiempo que sportiva.

Nací... "como las demás, lanzóme el mundo al destino, y yo emprendí mi camino sin volver la vista atrás".

Y ahora, como no es del caso que yo dé a ustedes una conferencia de puericultura, hablándoles de mi lactancia y de mi "desarrollo", porque resultaría demasiado largo, sobre todo "en lo tocante" a este último, voy a no "dilatarme" más, para no tener que encender el cigarro en los faroles del alumbrado público, y voy a plantarme en los quince, que es la edad de las ilusiones y un bonito punto para jugar al julepe.

Esto de saltarse los años a la torera, es también eminentemente literario; lo usan tanto los novelistas como las viudas jóvenes. Parece que es también una licencia del escritor. Pues bien, con licencia, señores míos: seguiré relatando mis memorias.

Quedamos en que tenía mis quince, y era, claro está, la niña bonita de Mazarrón y sus alrededores.

Los mazarronicos o mazarronenses, que de ambas maneras puede decirse, tenían, entre otros defectos graves, una voraz pasión por el teatro.

En Mazarrón se daba el aficionado a hacer comedias con la misma profusión que el higo chumbo.

Entre las víctimas de aquella epidemia, se encon-

traba la que suscribe. Y un día, sin poderlo remediar, me vi complicada en una tentativa de representación, con alevosía, ensañamiento y nocturnidad, de "Gigantes y Cabezudos".

El director de escena se fijó en seguida en que yo era una artista de altura y me repartió un gigante-hembra; él, que era un hombre modesto, y que se cortaba el pelo en tres sesiones, se quedó de cabezudo simple. Lo más interesante de la zar-

zuela que nos ocupa, es la famosa romanza de la carta; por esto, sin duda, dedicamos la función al señor Administrador de Correos de la localidad.

Al cabezudo se le caía la cabeza pensando a quién iba a repartir aquella cartita... de tres pliegos. Alguien le "certificó" que yo tenía una voz con unos agudos que pinchaban, y me agradeció en seguida con el papelito postal.

Yo, que me había subido a la parra con el primer reparto, tuve que plegarme a las circunstancias, y darle las gracias más expresivas al repartidor.

Aquellos gigantes y aquellos cabezudos fueron algo épico. Algunas noches sueño con ellos.

Sólo disponíamos de un telón de bosque verde-lechuga y dos trastos sueños: un limonero y un olivo. Con esta "miss en escena" hicimos toda la obra; unas veces poniendo arriba el limón y abajo la oliva, y otras a la viceversa. Total: que nos pasamos la noche con los trastos a cuestas.

Nuestro director resultaba "un hacha" cómico-lírico, y lo solucionaba todo rápidamente. ¡Era mucha cabeza la de aquel tío!

Salían los repatriados y cantaban aquello de:

Por fin te miro,
Ebro famoso..."

Y nuestro director gritaba desde la primera caja: "¡Vista a la derecha!"

Y cuando poco después



exclamaba el coro, lleno de emoción regionalista:

"Allí la Seo,
allí el Pilar..."

vociferaba así el mismo genial cabezudo: "¡Ojeada a la izquierda!"

Con lo cual el público, sugestionado, creería de buena fe que el río, el



templo y Zaragoza entera, se ocultaban poéticamente entre las frondas.

Una especie de teatro de la naturaleza.

Siempre envueltos en aquella ensalada decorativa, pudimos fregar al

"colu" de la zarzuela, a la escena epistolar, a la famosa carta ultramarina.

Yo, poniéndome en situación, desde luego, atacué la romanza, abriendo una boca como la de un buzón:

"Esta es su carta...
esta es su carta...
Es el cartero,
después del otro
lo que más quiero."

(Ovación en las alturas del coliseo, ocupadas por el infatigable ramo de cartería.)

Y yo sigo, muy satisfecha, recurriendo a mis famosos agudos y avanzando, llena de razón, a la batería:

"Tardó la carta...
cerca de un año..."

No pude continuar. El señor Administrador de Correos de la localidad, a quien se había dedicado el espectáculo, puesto de pie en su platea y con el bisoñé "a la funerala", me gritaba lleno de indignación:

—¡Basta! ¡Protesto con todas mis fuerzas de esa censura musical al ho-

norable Cuerpo de Comunicaciones!

Yo quise dar un viva a su Cuerpo para calmarle. Pero no pude articular el vitor, porque estalló entonces en las butacas una danza de palos, que la batalla del Marne fué un delicado minué comparado con aquella "mazurca".

—¡Dios mío, cómo está el patio!—



grité presa de terror, cayendo desmayada sobre el segundo apunte.

El telón cayó también sobre ambos.

Así hice yo mis primeras armas en el teatro.

IRENE LOPEZ HEREDIA

Chistes de todo el mundo

La solterona.—¿Se acuerda usted cuando yo tenía veintidós años, usted me pretendió y yo no quise casarme con usted?

El pretendiente pasado.—Sí; ése es el más dulce recuerdo de mi vida.

(De *Die Lustige Kiste*, Leipzig.)

El transeúnte.—Imposible que abra usted la puerta con eso. ¡Si es un cigarro!

El borracho.—¡Dios mío! ¡Me he fumado la llave!

(De *Kikiriki*, Viena.)

La señorita.—Me han dicho que el hermano de mi novio ha estado preso por robar 20.000 libras.

El agente matrimonial.—Nada de eso; es su novio el que las ha robado y todavía las tiene.

(De *Nagels Lustige Welt*, Berlín.)

El capellán de la prisión.—¿Otra vez por aquí? ¿Cómo ha sido eso?

El preso.—Por una equivocación.

El capellán.—¡No es posible!

El preso.—Sí; es que creí que el policía estaba vuelto de espaldas.

(De *Moustique*, Charleroi.)

El padre.—Es usted muy joven para casarse con mi hija. Tiene usted veintidós años y ella veintisiete.

El novio.—Pero...

El padre.—No; ahora la diferencia es muy grande. Mejor será que esperen ustedes media docena de años. Entonces usted tendrá veintisiete y ella probablemente la misma edad.

(De *Belfast Evening Telegraph*.)



OROCREMA

JABON DE ALMENDRAS

USELO

ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL



ES UN PRODUCTO DE

**LOS PERFUMES
DE TASARA**

BADALONA

El cliente (a la dependienta).—Se me ha perdido mi mujer en este almacén y le ruego que me permita estar de conversación con usted. Así estoy seguro de que aparece en cuanto me vea hablando con una muchacha bonita.

(De *Lustige Kolner Zeitung*, Colonia.)

Juan llama en casa de un doctor, recién establecido. La mujer del doctor sale a recibirle.

—¿Desea usted ver al doctor?—le dice—. ¿No puede usted venir mañana por la mañana?

—¿Por qué? ¿No está el doctor en casa?

—Sí; pero usted es el primer enfermo que tiene, y quisiera darle esa sorpresa. Mañana es su santo.

(De *Boston Transcript*.)

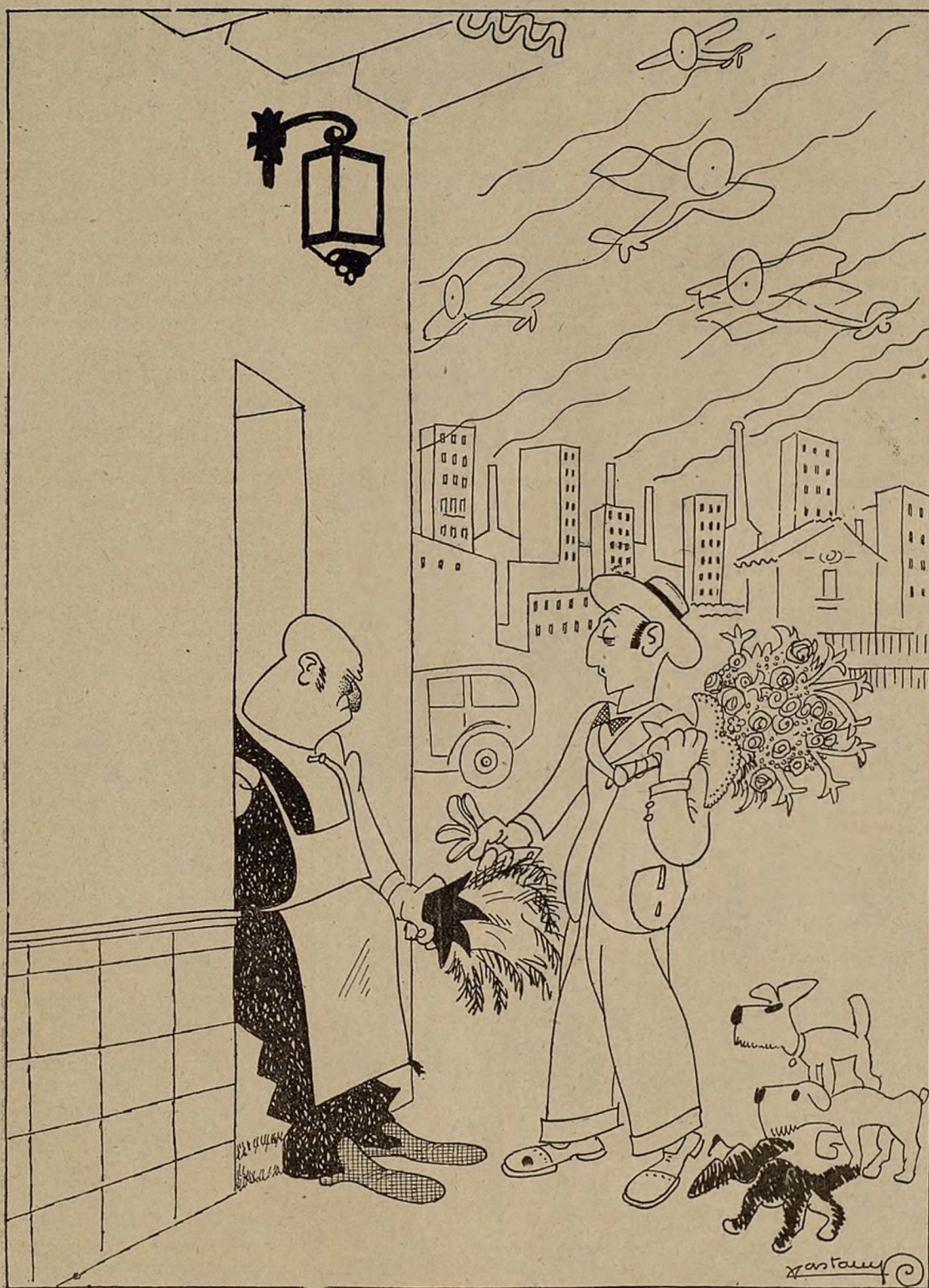
El amigo.—¿Dónde vas tan deprisa?

El sastre.—A casa del dentista.

El amigo.—¿Y vas tan contento?

El sastre.—Sí; es que voy a tomarle medida de un traje.

(De *Fliegende Blaetter*, Munich.)



EN HOLLYWOD

- ¿La señorita Mary Hols?
—No; hoy no está en casa. Los martes tiene divorcio.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

DEL BUEN HUMOR AJENO

La vecina de enfrente, por André-Mycho

Pablo Ravenel, de cuarenta años. rentista, se paseaba un día, solo, por el Parque Monceau y encontró a una mujer joven muy elegante y que parecía melancólico. Con habilidad prendió conversación con ella. Llegó en el momento oportuno y supo hallar las palabras convenientes; en resumen: algunos minutos después charlaban como dos buenos amigos. Llamábase ella Juana Lebrun; su marido, arquitecto, no la hacía dichosa. Era éste muy celoso y no la dejaba libertad.

—¡Figúrese usted, dijo a su acompañante, que es esta la primera vez que salgo sola desde que me casé... Y ha sido preciso para ello que hayan llamado a mi marido a Orleans para un negocio urgente... (Suspiró). Pero vuelve a casa esta misma noche!

—¡Esta noche!—exclamó Ravenel contrariado—. ¡Y yo que esperaba verla a usted a menudo!...

—¡Qué vehemencia! ¡Si hace apenas dos minutos que me conoce usted!

—¡Y son los mejores de mi vida!—respondió él.

—¡Quién sabe si la casualidad nos volverá a reunir otra vez.

—¿Lo desea usted también?

—Quizás—respondió ella bajando los ojos. El le cogió una mano.

—¡Es usted encantadora! ¿Y voy a confiar solo en la casualidad? No. ¿Vive usted cerca de aquí?

—Sí, en la calle de Roma, número 217.

—¡Hombre! ¡Si somos vecinos! Si no me equivoco nuestros cuartos dan al mismo patio. Un patio muy pequeño, ¿no?

—¿Pintado con cuadros blancos y negros?

—Sí. Su portero tiene un loro, ¿verdad?

—Es una cotorra.

—Bueno, es igual. Y dígame usted, ¿qué piso?

—El tercero.

—¡Yo también!—exclamó Ravenel, transportado de alegría.

—¡Qué casualidad!—dijo ella asimismo contenta.

—¿Cual es, en su casa, la habitación que da al patio?

—Mi tocador.

—¡Su tocador!—repitió Ravenel, mordiendo ya a felicidad—. Yo soy más prosaico... No, no, es la cocina. Nunca pongo los pies en ella, y por eso no la había visto a usted aun.

—Yo conozco a su cocinera; es una muchacha gorda con mejillas y cabellos rojos.

—Y la nariz también. Melania.

—También he visto, dijo Juana, a su mujer de usted. Es guapa.

—¡Bah! ¡Muy ordinaria!...

Cambiando de tono, volvió a su lirismo.

—¡Qué maravillosa coincidencia! ¡Pensar que solo nos separan cinco o seis metros!...

—¡No tendrá usted la intención de salvarlos sobre un puente volante!...

—No; pero a pesar de la vigilancia de su marido, podré a veces verla, cambiar con usted una seña. ¡Será delicioso!...

—¡Sí; pero sea usted prudente! Ahora le dejo, mi marido va a volver pronto...

—¡Ya! ¡Entonces hasta mañana! ¡Deliciosa vecina!

—Hasta mañana. Me asomaré a la ventana en cuanto me levante.

—Vamos a ver...

—¡Oh! Soy muy dormitona; entre las once y las doce.

—Entonces hasta las doce en punto.

—Bien.

Se separaron, haciendo un gran esfuerzo, después de un largo, muy largo apretón de manos, que equivalía a un beso de película.

Al día siguiente, Ravenel se levantó más temprano que de costumbre y se acicaló más que ningún día. A medida que se acercaba la hora, aumentaba su fiebre. Paseábase por toda la casa con agitación y abría todas las puertas, sobre todo la de la cocina.

Su mujer, inquieta por todas estas idas y venidas, le contemplaba extrañada. Melania, a cada aparición de su amo, se ponía más roja que de ordinario.

A las doce menos cinco, Ravenel penetró en la cocina y dijo a la cocinera:

—Melania, sería usted tan amable que fuera a comprarme una botella de Vichy-Celestins?

—Pero señorito, si ya está la comida.

—Por eso la necesito.

—¿Está enfermo el señorito?—dijo Melania solícita.

—El estómago, que no lo tengo bien.

—Pues voy en seguida.

Dueño del campo, el Don Juan se puso a observar la ventana de enfrente. Estaba cerrada y sus cortinas no se movían. Pasaron los minutos. La bella vecina no aparecía. Melania, jadeante, volvió con la botella. Ravenel le dio las gracias, sin perder de vista la ventana y pronunció a Melania un discurso sobre las propie-



—¿Estás segura de que tu marido ha ido a cazar? Pues no ha traído caza ninguna.

—Eso, precisamente, es lo que me demuestra que no ha ido.

Dib. LA PORTILLA.—BUENOS AIRES.

dades de las aguas minerales... Nada. no salía a la ventana. De pronto oyó la voz de su mujer que le llamaba para comer. Suspiró, lanzó una última mirada enfrente y se fué al comedor.

—¿Dónde estabas?—preguntó su mujer.

—Buscando un cepillo en la cocina.

Se calló y se puso a pensar. "La pobre habrá pasado mala noche y se ha levantado tarde. Tal vez ahora se asome". Al tener esta idea, ya no se podía estar quieto. Necesitaba ir a ver, a toda costa. Buscó un pretexto:

—¿Qué manteca es esta?

—La de siempre. ¿La encuentras mala?

—¡A esto llamas tú manteca! ¡Es margarina! Melania se ríe de nosotros. ¡Vas a ver!...

Se levantó bruscamente y con aire furioso se dirigió a la cocina, gritando:

—¡Melania! ¡Melania!...

Su mujer le siguió con los ojos, estupefacta.

La ventana seguía cerrada.

—¿Había llamado el señorito? No lo había oído. Ay, ¿pero qué le ocurre?

—¿Qué es esto?

—¿Eso? Manteca. ¡Vaya una pregunta! El señorito está de broma.

—Gracias Melania. Y salió, dejando a la cocinera perpleja.

—¿Y qué?—preguntó su mujer.

—Que sí, que es manteca.

Decididamente, se dijo Mme. Ravenel, Pablo tiene hoy algo.

La comida continuó en silencio. Ravenel obsesionado por la idea de que su Juana estuviese ya en la ventana, buscaba nuevos pretextos para ir a la cocina. El amor le inspiró varios que él utilizó inmediatamente. Primero pretendió que el lenguado "al gratin" sabía a cardenillo, y acusando a Melania de querer envenenar a sus amos, corrió a examinar las cacerolas. A la cocinera, que le preguntó qué deseaba, le dió una respuesta vaga, con los ojos fijos en la ventana de enfrente, siempre cerrada.

"El señorito, pensó la muchacha, tiene algo que no es natural."

De nuevo en el comedor, reconoció que las cacerolas estaban bien.

—Si tienes la boca amarga hoy, no es una razón para que nos vuelvas locas.

Al probar el plato siguiente, Ra-

venel miró a su mujer con sospecha. ¿Estás segura de que esto es conejo?

—¿Qué quieres que sea?

—¡Gato!

—¡Tú estás malo!

—¿Qué te apuestas a que no es capaz la chica de enseñarme la cabeza del animal. Vas a ver...

Esta vez abrió la puerta de la cocina sin brusquedad y avanzó despacio para ver la ventana de enfrente... ¡Nada! Pero al volverse, se encontró cara a cara con Melania, quien le miraba con ojos llenos de alegría.

—¡Ya he comprendido!

—¿Qué ha comprendido usted?—preguntó Ravenel inquieto.

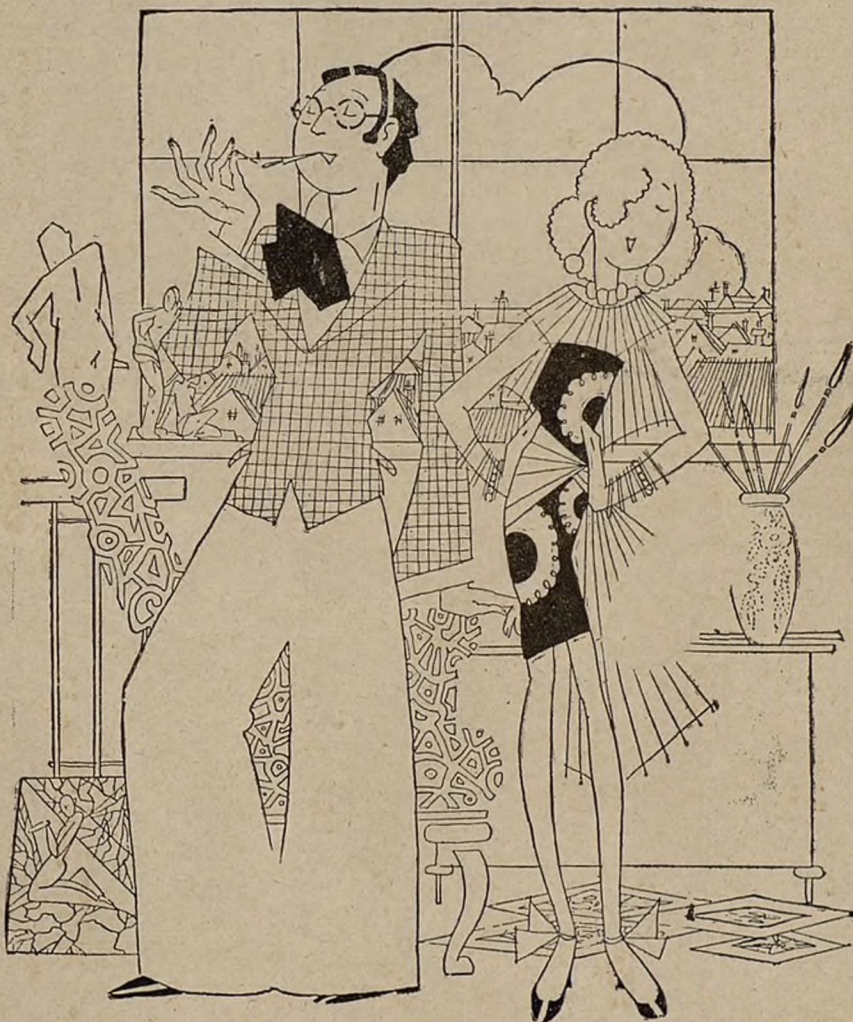
—Que ya se por qué viene usted tantas veces a la cocina.

—¡No!

—¡Sí! Es por verme. Y usted no se atreve a decirme. Atrévase, señorito. Yo hace mucho tiempo que le quiero. Y diciendo esto, cogió con sus manos la cara de su amo y le estampó un beso.

En el mismo instante, vió que la ventana de enfrente se abría. La bella vecina ante este espectáculo, lanzó un grito de estupor, al cual respondió otro de Mme. Ravenel, la cual acababa de entrar en la cocina.

G. P.



El.—¡Ah! Yo amo la bondad, la verdad, la belleza, donde la encuentro.

Ella.—¡Oh! ¡Me lo dice usted tan de repente.

(De Eveng borky's Weekly.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos, no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Un tartamudo decía a un amigo:

—Mal... mal... dito el... hombre tar... tar... tamu... mudo que... que... que se casa... con una... una mujer que... se... se llame Pi... Pi... lar.

—¿Por qué, hombre?

—Por... porque cuando la lla... llamo, vie... vienen primero las... las ga... llinas. Jesús de la Barrera. Madrid.

Presas siempre Presas

La Casa más popular y prestigiosa.

Sostenes, Fajas, Corsés.

Fuencarral, 72. Teléf. 51135

Un sujeto es llevado a la comisaría por haber dado una paliza formidable a un guardia de policía urbana.

El comisario.—¿Cómo se llama usted?

El detenido.—Cándido Palomo.

El comisario.—¿Cándido Palomo, y ha pegado bárbaramente a un guardia? ¡Pues si llega a llamarse León Bravo, no deja usted de él ni el casco para poderle identificar!

Enrique Soria.—Madrid.

—Vamos a ver, Celedonio; tú que eres listo, ¿podrías explicarme lo que es el capital y el trabajo.

—Sí, hombre; eso es muy sencillo. Préstame cien pesetas.

—Tómalas.

—Este es el capital.

—Entendido.

—Al cabo del tiempo me las pedirás.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido declarado desierto

SORTIJAS DE SELLO

Vende las mejores la casa SANJURJO, de oro de ley desde 9 ptas.; chapadas en oro desde 3, grabadas en el acto. Envío a provincias remitiendo medida, importe y franqueo. SANTO DOMINGO, NUMERO 5.—MADRID

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



El transeunte.—¿Por qué no pone usted pintura fresca en esta reja?

El pintor.—¡Pues es lo que estoy poniendo; no lo ve usted!

(De London Opinión.)

—Natural que lo haré.

—Pues, bueno, ese es el trabajo.

Arsenio Vinagre.

En el teatro:

—Papá, mira qué cabeza más reluciente tiene aquel señor.

—Sí, hijo mío. Es don Jacinto, que está completamente calvo.

—Debe ser muy listo.

—No tiene un pelo de tonto. El carbonero.—Madrid.

En la comisaría.

El comisario a los guardias, que acaban de investigar un crimen:

EL COLMO

Mira si eres embustero que me dices no conoces las lámparas de Romero.

—¿Y no han encontrado nada en casa de la víctima que pudiera darnos luz?

Un guardia.—Sí, señor; hemos encontrado un encendedor.

Vicente de Castro.

Cañillejas.

En una casa donde hay varios chicos sobreviene una avería en la instalación eléctrica, que sume a todos en las tinieblas.

La mamá ruega a uno de los muchachos, muy entendido y habilidoso, que repare la avería.

Y el muchacho se enzarza en una discusión con un hermanito suyo, provocando la ira de la madre, que le grita:

—¡Te repito por última vez que arregles la luz y no discutas!

El chiquillo, sereno, replica a su mamá:

—Si estoy en ello. Discuto precisamente para arreglar el

“apagón”. ¿No ves, mamá, que de la discusión sale la luz?

Fernando Muñoz Eguilaz.
Oviedo.

En una tertulia de un café están hablando de cuál es la capital que tiene el agua que saca mejor las comidas.

Entre los contertulios se encuentra un valenciano que, como es natural, habla del agua de su tierra, que es la mejor que saca el arroz. Otro de los contertulios es un madrileño, el que pondera el agua de Madrid por ser la que mejor saca el cocido.

En esto se levanta uno de los que menos hablaban:

—Miren ustedes; yo soy de pueblo; no me doy tanto posín, y tiene un agua mi pueblo que es la que saca mejor toda clase de comidas.

—¿Y de qué pueblo es usted?

—De Carabaña.

Mignon Lescaut.—Madrid.

En el estudio cinematográfico.

—Comprendido, señorita. Usted desea dedicarse al cine.

—Sí, señor.

—¿Tiene usted aptitudes para el film?

—Creo que sí. Yo sé besar muy bien, abrazar con pasión...

—Queda usted admitida.

Julio Sanz.—Madrid.

Un nuevo rico fué a la redacción de un periódico para suscribirse, y al llenar el boletín puso:

“Don Tiburcio Extraplano, que vive en Madrid, calle tal, número cual, se suscribe por un año al extranjero.”

El administrador, al leerlo, le dijo extrañado:

—¿Pero si vive en Madrid, cómo se suscribe al extranjero?...

—¡Otra! ¿Pero hay alguna suscripción que valga más dinero?

Pompas Fúnebres.
Enguera.

—El día de la excursión tuvimos en el auto cuatro panes...

—Pues a nosotros nos faltaron. ¿Teníamos un apetito!...

Pietín.—Enguera.

El amigo al marido celoso.

El amigo.—He visto a su mujer, que andaba con donaire.

El marido.—¿Qué dice usted?

El amigo.—¡.....!



El visitante.—¡Oh! qué paisaje más precioso.

El artista.—No es un paisaje, es Mariana.

—Ya lo veo: las olas son maravillosas.

—¿Qué dice usted? Si es el retrato de mi mujer Mariana.

—¡Ah, ya; creí que decía usted Marina!

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y
MONTERA, 15, primeros

Remitimos figurines a quien lo solicite

El marido.—¡Ah! Le había entendido que andaba con Don Aire.

K. Malo.—Oviedo.

Unos buenos amigos:

—Vengo a pagarte las mil pesetas que me prestaste el año pasado, aunque a tí, millonario, no te hacían falta.

—Ya sabía yo que eras un

buen amigo. ¿Y a qué se debe que pagues? ¿Has hecho tu suerte? ¿O tienes asunto entre manos?

—¡Creo que sí! Me voy a casar con tu hija. ¡Es preciosa!

—Te advierto que nosotros no tenemos lo que parecía; las últimas jugadas en Bolsa han dejado la mía tiritando.



La señora.—¿Ha roto usted algo en la cocina?

La criada.—Sí, señora, mis relaciones con el lechero.

(De The Passing Show, Londres.)

—¿Y hemos perdido mucho? Siendo buenos amigos no vas a engañarme. ¿Sí? ¡Caramba! ¡No se puede uno fiar de nadie! Bueno, ya pasaré a pagarte otro día, ¿eh?

El Chico de la Moncloa.
Madrid.

—¿En qué se parece una tienda de gramófonos a una carbonería?

—Pues en que en la tienda de gramófonos venden discos con Ramona, y en la carbonería venden ciscos con romana.

Enrique Soto y Soto.
Madrid.

Va a entrar en el teatro una pareja de novios, a los cuales acompaña una señora.

El acomodador de la puerta a la señora.—No puede usted pasar.

La señora.—¿Por qué?

El acomodador.—Porque lleva usted la cesta.

Eduardo Fraile Alarcón.
La Coruña.

Entre futbolistas:

Juan y Ricardo se encuentran en la calle.

—¡Hombre!, tenía que decirte una cosa, pero no me acuerdo.

—Haz memoria.

(Pausa.) —Nada, que no me acuerdo.

Ricardo coge el pañuelo de Juan.

—¿Qué vas a hacer?

—Un nudo en el pañuelo para que te acuerdes.

Joseín.—Valladolid.

Anécdota.

Un padre a su hijo:

—¿Qué lugar ocupas en la clase?

—El veintiséis.

—¿Cuántos alumnos sois?

—Veintiséis.

—Veo que te luces, hijo mío.

A los ocho días:

—¿Qué lugar ocupas ahora?

—El veinticinco.

—Veo que has ganado un puesto.

—No, papá; es que se ha marchado uno de los chicos.

Agustín Torres.—Madrid.

CUPON

correspondiente al n.º 387 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita
para el Concurso permanente
de chistes o como colaboradores
espontáneos.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



Donato (Valladolid).—Desconocido y malhumorado compañero: en ninguno de los honrados ámbitos de BUEN HUMOR existe, ni existirá jamás, esa cosa lamentable que usted denomina camarilla. Aquí, si un ciudadano no tiene gracia, se le repudia implacablemente; y si algún día creyéramos nosotros que se nos había concluido el salero, llegaríamos incluso a suicidarnos con completa eficacia y con desmesurada rapidez. Por tanto, y como usted no es gracioso, por desgracia, quiere decirse que queda repudiado, y hasta que puede usted darse un tiro si tiene tanto amor propio como nosotros.

Matesanz.—Aunque ninguno de los cuatro dibujos que envía es un monumento de humorismo (¡qué más quisiera usted, mi amigo!), le vamos a publicar uno de ellos, para que no tenga usted más remedio que reconocer que nuestra generosidad y nuestra benevolencia son las cosas más sublimes que hay en España actualmente.

Txoko-moko (Pamplona).
Compañero Txoko-moko:
sus amenas producciones (dibujo y Divagaciones) nos han gustado muy poco.

Marino (Málaga).—Algo pesadito, bastante mal' escrito, unas miasas cochinito en el finalito y con un asunto que se cae de viejecito. Dispénsenos la cantidad de diminutivos, pero es que deseamos darle un tono cariñoso y tierno a nuestra contestación, para corresponder de algún modo al enorme afecto que usted dice nos tiene, y que nos obliga a sentir por usted el mismo frenesí ardoroso y patético de amistad perdurable.

Comunista Acérrimo (Barcelona).—Apreciable Comunista: como suponemos que eso será un seudónimo para despistar, no tenemos inconveniente en admitir su artículo, y le rogamos que envíe su firma, si le da la gana, para colocarla al pie de esa serie de tonterías que se ha sacado usted de la cabeza. Y sin otra cosa de particular, reciba usted nuestra fe-

licitación por el triunfo que ha tenido. ¡Así es nada: publicar en BUEN HUMOR, a pesar del acérrimo comunismo de que alardea, y cuya furibundez no compartimos!...

J. A. M. (Casas de Benítez. Cuenca).

Mi distinguido escritor:
de *El oficial carpintero* no sacará usted dinero ni, mucho menos, honor. ¡Lo deploro con sincero y exagerado dolor; con un dolor verdadero, sí, señor!...

Real del Campo (Madrid).
¿Se ofendería usted, Real del Campo, si yo dijera que era usted un animal digno de llevar collera, albarda, cincha y ronzal?...

D. J. L. (Sevilla).—Ilustre correligionario: nos hemos tomado las diez pesetas de café, a que usted nos obligó con su monstruosa galantería. ¡Y, claro, hace un mes que no podemos pegar los ojos! ¡Y es que dos duros de moka, ingeridos a la fuerza, son capaces de desvelar a Homero, que ya sabrá

usted que dormía de vez en cuando, hace ya muchos años y antes de quedarse dormido para siempre por efecto de su última enfermedad!

M. Soriano (Granada).—Los dibujos no se deben hacer a lápiz, ni se deben hacer tan a la negligé como los que usted nos ha enviado con mejor deseo que éxito. En esas condiciones, ya se sabe lo que les espera: la horrible y descomunal *Cestona*.

Don Rodrigo (Bilbao).
¡Caramba con Don Rodrigo, qué imbécil es el amigo!

J. S. M. (Cartagena).—¡Es usted un enormísimo literato, sí, señor!... Y su intervención armada en el Arte, estamos seguros de que va a traer una revolución en los procedimientos estéticos, y varios desórdenes además de la revolución. No debemos, pues, negarnos de ninguna manera a publicar por lo menos el principio de su formidable creación *Los tres huerfanitos*, en la absoluta certeza de que nuestros lectores sabrán apreciar su ge-

nio innovador y su inspiración apabullante.

Dice así el referido principio, que, por cierto, vale más que un buen cocido:

"En el año 1.716 vivían en una *umilde* Cueva, Situada *alas* afueras del Brasil, una familia con 3 hijos..."

La Cueva *dava* frente *avn* bosque y por la espalda *avn* Río.

El mayor de los hermanos era un *joben* de 18 de edad, llamado Roberto.

El *de el médio*, tenía 15 años y *estava* trabajando, de Carpintero, llamado *Juán*.

El menor, de todos era un

La casa de la moda

Madrid - Viena

Montera, 41.—Madrid.

niño de 12 años, llamado, *Jat*. Este niño, les *ayudava*, a sus padres, en lo *susesibo*..."

Y basta ya.

Sería un abuso seguir desfloreando la narración, porque nuestros lectores, por cuarenta miserables céntimos, no tienen derecho a saborear en su integridad la fenomenal página literaria. Hay cosas que no hay dinero en el mundo (ni en la maleta) para pagarlas.

Pineda (Sevilla). **Monsalves (Sevilla).**—Tanto lo que nos ha enviado el señor Pineda, como lo que nos remite el señor Monsalves, han hecho su entrada solemne y aparatosa en el cesto de los papeles. Ahora bien: a pesar de la diferencia (¡!!) de estilos, aquí hemos caído en seguida (y sin hacernos daño) en que Monsalves y Pineda son dos personas y un solo dibujante (¡!!!!) verdadero. ¡Y esto de verdadero lo decimos para no desanimarle demasiado! ¡Ya se desanimará el solito!...

El aspirante a aeronauta (Sanlúcar de Barrameda).—Es una cosa tan incalificable, que más vale que tarareemos un pasodoble antes que ocuparnos del innundo asunto.



El especialista.—Señora, puedo asegurar a usted que no tiene nada de particular.

La artista célebre.—Pues tengo que tener algo porque ya he informado de ello a la prensa...

(De *The Passing Show*, Londres.)

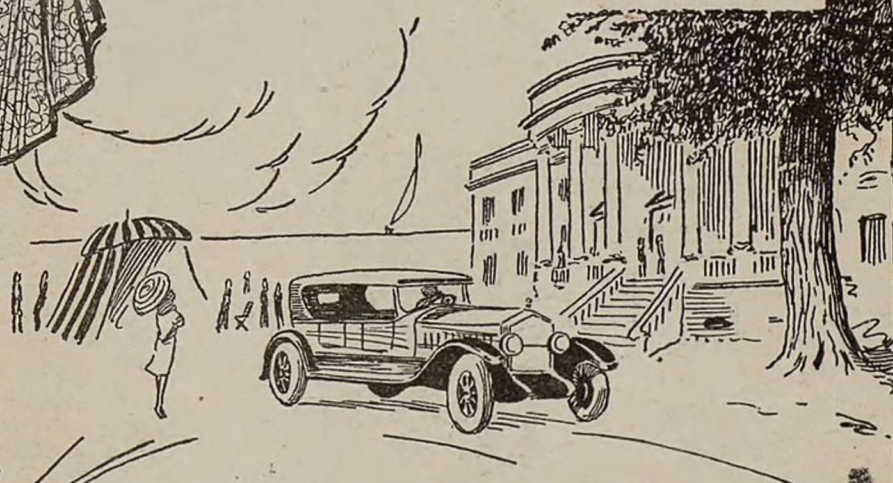


CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

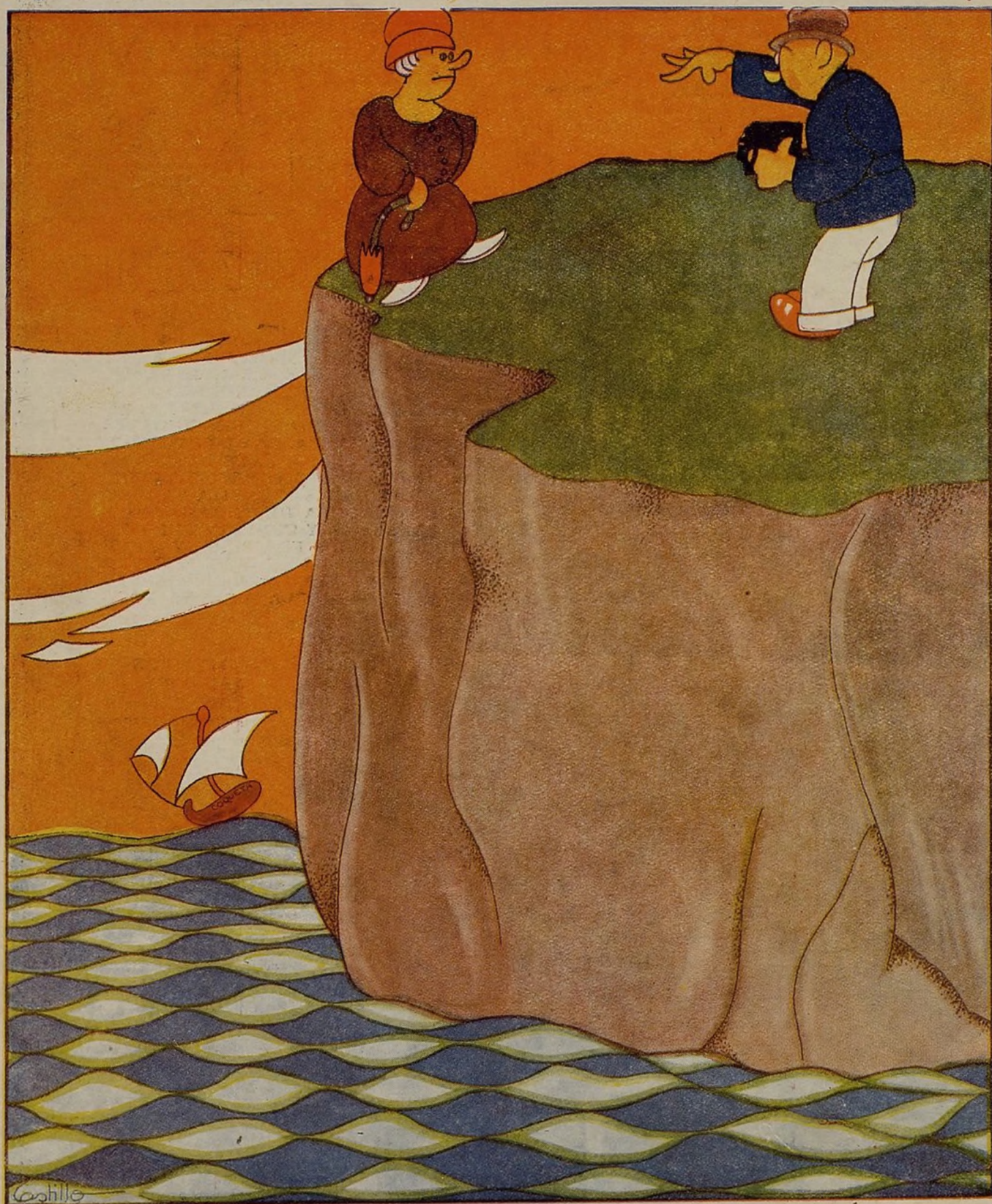
NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS. UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos



DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

BUEN HUMOR



—¿Saldré así bien, Luisito?
El marido.—Muy bien, pero hazte más atrás, más atrás.
Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASTILLO.—Madrid.